

ODAS RELIGIOSAS.

VIII.

A San Vicente de Paul.

Baje rápido rayo y pulverice
 los mármoles y bronce embusteros
 en que el necio eternice
 venganzas, odios, iras de guerreros,
 que humanidad maldice;
 y Noto esparza el polvo de manera
 que un átomo jamás á otro se adhiera.

Héroes los llama adulación mezquina,
 en la que se trasforma torpe miedo,
 siendo de ira divina
 el terrible instrumento, fuerte dedo
 que lleva la ruina
 adonde el crimen y humanal demencia
 al fin de Dios cansaron la clemencia.

Fieras son y serán devastadoras
 que al estallido del cañón y al tajo
 de espadas cortadoras,
 siglos de afán, sudores y trabajo
 desaparecen en horas;
 y en escombros y vastas soledades
 transforman muros, templos y ciudades.

Así saña infantil derriba el nido
 que al diligente avión costó mil vuelos:
 festéjalo esparcido

en míseros fragmentos por los suelos:
 ríe del ave al gemido,
 y al verla cómo ronda el yermo techo
 donde estaban su prole, casa y lecho.

El infinito Sér no se complace
 en arruinar las obras de sus manos.
 Cuando ostentar le place
 de su poder la fuerza y los arcanos,
 hechuras no deshace,
 mas, llamando á la nada, ser la ordena,
 y la creación de vida y bienes llena.

No es de Jehová la imagen verdadera
 el hombre causador de pena y llanto,
 que en faz dura y severa
 ve de los otros hombres el quebranto,
 sino el que vida entera
 consagra á remediar ajenos males,
 venturosos haciendo á sus iguales.

Venid, pueblos, á ver; vén, mundo entero,
 de la inmensa bondad la imagen bella,
 el tipo de un guerrero
 solo digno de amor; pues por la huella
 del divino Cordero,
 ataca, vence, y en destruir se afana
 las formas mil de la miseria humana.

No so el cañón que entraña muerte y lloro,
 ó banderas con sangre salpicadas,
 mas de purísimo oro
 y de luz, dentro de orlas fabricadas,
 leerán, en almo coro,
 los arcángeles y hombres juntamente,
 el siempre dulce nombre de Vicente.

De caridad empuña el estandarte,
y las huestes seráficas convoca
de Puy, glorioso Marte;
y desplegando la divina boca,
el fuego celestial con ellas parte:
el mal perseguir juran incansables
donde quiera que encuentren miserables.

Fieras, más que las fieras alimañas,
blandas al crimen y á su fruto duras.
De inflexibles entrañas,
para quienes de madre las ternuras
del todo son extrañas;
abandonad, infames delincuentes,
del delito los frutos inocentes.

Si el seno maternal les niega abrigo
y los entrega en brazos de la muerte,
los llevará consigo
Vicente, á brazos de un amor más fuerte,
donde calor amigo,
alimento hallarán, dulce ternura,
que reemplace la bárbara fiereza.

Una generación que ya perdida
y al Limbo destinada creía el suelo,
crece en vigor y vida:
á la patria, del héroe por el celo,
y al cielo restituida;
y será gloria de ambos algún día
la que de vientre á tumba pasaría.

Tristes suspiros, ayes y quejidos,
nuncios del padecer, música horrible,
suenan ya en los oídos
de los hijos de Paul, del invencible,
que ven apercebidos

contra del hombre, en escuadrones ciento,
hambres, enfermedad, males sin cuento.

«Soldados de la eterna Providencia.
A ellos, sús, sin temor, clama Vicente.
Salvemos la existencia,
ó endulcemos la suerte del paciente.
La divina clemencia
sostendrá nuestro brazo en los combates
y á nuestro esfuerzo añadirá quilates.»

Dijo, y ataca en el instante mismo.
Allá fabrican vastos hospitales,
á donde el cristianismo
lleva vigiliadas, dones y caudales,
sin nombre ni guarismo,
hospicios acullá brotan del suelo:
do quier abrigos al humano duelo.

La hambre, de ojos hundidos, macilenta,
abrigadora madre de mil vicios,
no bien Vicente ostenta
su mano, manantial de beneficios,
que el cielo siempre aumenta,
suelta las presas que afianzó rabiosa
y acoge la abundancia cariñosa.

El arrimo de manos virginales
que aplican vida donde había dolencia,
ceden luego los males
y de las Parcas la dañina influencia,
con vistas celestiales
á los que han de morir así consuelan,
que en calma expiran, y al Empíreo vuelan.

A la vista del águila altanera,
cabe el Sol, en sus alas sostenida,

en vano, en vano espera
ocultarse la presa apetecida:
á ella vendrá ligera.
Vicente, así, descubre la miseria
do quier, y la hace de su afán materia.

Hijo del Dios de amor, representaste
su inefable bondad sobre la tierra,
donde siempre triunfaste
de los males que al hombre hacen la guerra:
á tus hijos dejaste
tu ardiente caridad; y desde el cielo
de enviar no cesas bienes y consuelo.

ODAS FILOSOFICAS.

I.

A la Luna en tiempo de discordias civiles.

¡Con qué silencio y majestad caminas
por miles de luceros cortejada,
súbditos que dominas,
ornato augusto de la noche helada!

Ellos acatan tu beldad fulgente
desque en carro de nácar y de plata
asoma en el Oriente,
consuelo al triste y al virtuoso grata;

y extáticos te siguen por la inmensa
bóveda del santuario del Eterno,
do la oración intensa
del justo perseguido escucha tierno.

Con ellos te saludo, almo destello
de la luz perennal, fija la mente
y ojo absorto en tu cuello,
y en esa ebúrnea majestuosa frente,

de donde luz gratísima difundes
por la inmensa creación desfallecida,
con que sopor le infundes,
seguro germen de repuesta vida.

A tu argentada luz sus presas cede
que otra vez le arrancó, mal de su grado,
voz que todo lo puede,
y pensaba engullir el menguado.

Duermen los montes, y en sus grutas hondas
duermen los vientos y el horrible trueno;
duermen del mar las ondas,
y Leviatán, y monstruos de su seno.

Hace pausa la vida de los seres
que engrandecen al orbe; tu beleño
embarga sus poderes
con ligaduras de apacible sueño.

¡Alto silencio, interrumpido apenas
por piés del gamo que ni toca el suelo,
y las hojas serenas
recorriendo Favonio en blando vuelo,

salud, oh dón de la triforme diosa,
que descienes al pecho trabajado

en vida congojosa,
nido revuelto del mortal cuidado,

del temer y esperar sin fin ni tino,
y de allí lanzas el aciago susto;
pues ya el néctar divino
de la quietud á tu presencia gusto!

Tú avanzas ¡oh belleza majestuosa!
recorriendo la bóveda azulada,
ufana, cual la esposa
que del lecho nupcial sale adornada.

Te rinden homenaje cielo y tierra;
y la sombra huye sin saber adonde:
ya tras fragosa sierra,
ya en la lejana nube se te esconde,

plegando el manto más y más, medrosa;
mas tú incansable, en sólita carrera,
por siempre victoriosa,
no le das tregua y lanzas de doquiera.

Todo es calma y dulzor. ¿Y el hombre..? ¡Oh,
Huye veloz del tachonado cielo; [Luna!
tu luz le es importuna;
y á la maldad consagra su desvelo.

No alumbres, no, los crímenes atroces
que unos contra otros sin cesar maquinan:
mutuamente feroces,
al dolor y á la muerte se destinan.

O víctimas ó cómplices furiosos,
busca tan sólo el hombre en sus hermanos.
Con ojos sanguinosos
en el vagar amenazante insanos.

Ora ¡oh dolor! en hórridas reuniones,
astutos para el mal, el mal sazonan;
preparan combustiones,
amasan el penar, y más se enconan.

Allí la seducción la venda teje
que del incauto oprimirá los ojos.

Y mirar no le deje
sino fantasmas, ocasión de enojos.

La atroz calumnia, el venenoso aliento,
y los densos vapores de allí lanza
contra famas sin cuento,
y mancilla y marchita cuanto alcanza.

En grupos parten desconfianza y celos,
y las discordias en su pos siguieran:
padres, hijos, abuelos,
romperán lazos que antes los unieran.

No habrá mérito ya, virtud segura;
todo se ataca, todo se atropella
con mano y lengua impura.
Impudente maldad todo lo huella.

La patria del placer y la abundancia
ya es del horror y crímenes guarida,
y tenebrosa estancia
donde la rabia carnífera anida.

¡Y es á tu nombre, oh patria idolatrada,
que los malvados fraguan tantos daños,
con los que destrozada
aparezcas, é infame á los extraños!

¿Qué mal has hecho á tus rabiosos hijos
que así desgarran el materno seno,

y sólo en dañar fijos,
gustado apenas, les había lo bueno....?

Las antiguas heridas aún gotean,
¡y abrirte quieren nuevas, insanables,
los que amarte vocean,
hipócritas, perversos, detestables!

¡Qué porvenir te labran tan funesto
y tan discorde de tu bella aurora....!
¿Doblará el cuello enhiesto
la que del orbe se veía señora....?

¿Paz, dulce paz, de nuestro triste suelo
para nunca volver te habrás marchado;
y el fervoroso anhelo
del patriota veraz será frustrado?

¿No ha de haber ya justicia so la tierra,
ni quien vindique hollados sus derechos?
¿siempre amagos de guerra
mantendrán yermos nuestros caros lechos?

Si así ha de ser ¡oh Lunal cede el puesto,
y haz al Ocaso de tu lumbre dueño:
fine mi vida presto;
cierre mis ojos el eterno sueño.

ODAS HEROICAS

III

A la heroica salida del Benemérito General José
María Morelos por entre el ejército sitiador
de Cautla Amilpas.

Insólito calor mi pecho inflama:
siento en el alma desusado brío:
con imperiosa voz la cara patria
cantar me manda sus heroicos hijos,
y el divino valor, y el arte sumo
con que á sus sanguinarios enemigos
en lid tan desigual vencer supieron,
legando asombro á los futuros siglos.
¡Sombras amigas, tenebrosa noche,
madre del sueño y del sabroso olvido,
que la creación reparas descaecida,
y eres á la fatiga único alivio!
¡Cuando aun los tigres y alimañas yacen,
bajo tu cetro de ébano, adormidos,
el hombre solo, con el ojo atento
persigue al hombre, ni el menor resquicio
de esperanza y de bien dejarle quieren
su mortal rabia y odio vengativo!
¡Oh noche! torna los brillantes ojos
al desolado Anáhuac, mira el sitio
do un puñado de bravos invencibles
resiste del Averno el poderío;
cansa miles de crueles, y supera
su furor, sus ardides y sus tiros,

superior á la muerte, que en mil formas
le presentan el tiempo y su enemigo;
sin dejarle momento de descanso,
ni entre ignominia ó muerte algún partido.

¿Qué, se rindieron ya? ¿La peste acaso...
la hambre... la sed, y el número infinito
de balas y de males que contra ellos,
setenta días, y más, han dirigido
la encruelecida suerte y atroz bando
de viles y pagados asesinos,
hundieron la esperanza de la patria,
su único apoyo, en el sepulcro frío?

Alto silencio en los espesos bosques;
alto en los montes, en el valle y río;
hasta los vientos el aliento enfrenan;
nada se mueve, nada, ¡oh caos antiguo!
El genio del pavor, en negra nube,
sobre los labios puesto el dedo frío,
abre los ojos más y más, y en vano
busca cuerpo en las sombras, ó algún ruido
su atenta oreja, que otro no percibe
que de su pecho el desigual latido.
¡Ay de Morelos! ¡ay de la aguerrida
gente, que en mil encuentros sostenidos
de honor llenaron á la cara patria,
su sien ornando del laurel divino!
Cuautila termina sus heroicas vidas;
Cuautila sepulta su valor invicto.
¡Júbilo cuánto para el bando opuesto!
¡Cuánto placer á su feroz caudillo!
Ellos locos dirán: "No se rindieron,
mas de nuestro valor víctima han sido".

No así, no así, mil bocas infernales
con espantable horrísono estallido,
lanzan á un tiempo silbadoras balas,
el valle atruenan con letales ruidos,
y con pálidas luces sucesivas

más horrorosos tornan los sombríos.
¡Oh loco delirar, vana soberbia,
que el patriótico esfuerzo has combatido,
y con inmunda boca saboreabas
de antemano sus últimos residuos!
Mira al héroe de Anáhuac y á sus huestes,
mayores más en el mayor peligro;
jamás domados, y medrosos nunca,
con orden marchan, y Mavorte mismo
al héroe lleva de la diestra mano,
y guía á los suyos con potente auxilio.
¿Dó las trincheras en que tanto fiabas
y los aprestos del porfiado sitio?
¿Qué te valieron las espesas bandas
de fanáticos crueles y malignos,
que una vez y otras, derrotadas antes,
aun te eran compañeras en delirio?
Ni posible siquiera imaginaron
tan heroico valor y alto designio.
Por donde más el enemigo, astuto,
había agregado estorbos exquisitos,
al arte fatigando, y á los suyos,
y puesto de sus tropas lo escogido,
por allí rompe el héroe valeroso
y dá á sus gentes cómodo camino.
En vano, en vano perseguirlo quieren,
ó perturbar la marcha que ha emprendido,
por buscar sólo á su querida gente
contra la hambre y la peste grato asilo.
¡Ay del que osado se acercare un tanto!
¡Ay de los más resueltos y atrevidos!
La muerte encuentran infaliblemente,
de nuestros héroes en los duros filos;
y cual los gozques que al mastín persiguen,
si á ellos torna una vez, despavoridos
toman la huida, y aun á gran distancia
del can robusto temen los colmillos;

así medrosos, tras de intentos caros,
se tornen los realistas confundidos.

¡Salve mil veces, noche venturosa,
que al héroe diste saludable abrigo!
Gózate ¡oh patria! de los héroes cuna,
viendo ya salvos á los más queridos:
hoy tu sien orna su mayor hazaña,
en su loor suenen inmortales himnos.

VI.

A la derrota del Ejército Español que invadió
el Territorio de los Estados Unidos
Mexicanos.

Oíd los acentos de mi acorde lira,
mortales acuitados,
oíd, naciones, los tonos que me inspira,
proféticos y alzados,
el numen Delio que el futuro mira.
Con violentos latidos él levanta
y hace agitar mi pecho, en fuego vivo:
nuevos seres percibo:
leda y segura asiéntase mi planta
en otros firmamentos.
¡Silencio, humanos, escuchad atentos!

Ocho veces de augusta cabellera
el majestuoso Ajusco
blancas, brumosas nieves sacudiera,
restos de Invierno brusco,
y otras tantas la dulce Primavera
con su verdor y rosas la engalana,
desde que (roto el yugo y las cadenas,

que de años tres centenas,
puso á la amable gente mexicana
fiera España opresora)
era ella libre y de su hogar señora.

Un ruido pavoroso se oye, en tanto,
en las tumbas que aun riega
la gran Tenoxtitlán con triste llanto;
la parca nos entrega
nuestros pasados héroes; ¡brillo cuánto
y cuánta majestad sus rostros tienen!
Ellos hacia la playa se encaminan;
desde allí vaticinan,
de los tiranos que sulcando vienen
las olas, satisfechos,
los hados tristes, nuestros claros hechos.

Venid, dicen, antiguos opresores;
llegad presto, confiados,
soñándoos otra vez dominadores
de aztecas malhadados,
y engrosar con su pan y sus sudores.
Venid rabiosos como hambrientos canes,
que el tiempo pasó ya de la clemencia,
y nuestra descendencia
dejará ahora vengados nuestros manes;
y de pelear su ensayo
será arruinar la estirpe de Pelayo.

Tú, de Zempoala honor y pura lumbre,
levanta, corre, apura,
pasa volando la fragosa cumbre,
recorre la llanura;
ya de iberos inmensa muchedumbre
vomita en nuestras playas el Océano,
ya profana su pie nuestras arenas:
oye, oye las cadenas

que echar quieren de nuevo al mexicano:
ya crujen sus cañones;
ya rechinan los dientes sus legiones.

A un lado traen á la feroz venganza;
á otro un espectro horrible
que asqueroso y difícil huelgo lanza;
cuyo ver es terrible,
sin fijarse jamás en cuanto alcanza:
roe sus entrañas inmortal gusano,
y á todo el orbe dominar anhela,
y nada le consuela
mientras no logra su designio insano;
y sus saltados ojos
van tras la gloria vomitando enojos.

La Meguera infernal es quien preside
los consejos de muerte
que forman contra nos; pero decide
el Cielo de otra suerte,
y su designio y nuestro mal impide.
A la demencia levantando altares,
su perdición ante ella decretaron,
si la nuestra juraron.
Pocos repasarán los hondos mares
y serán recibidos
de huérfanos y viudas con gemidos.

Ora lo habréis con *libres* mexicanos,
con héroes singulares
que ya, blandiendo el hierro en duras manos,
por su patria y hogares,
harán morder el polvo á los tiranos.
Ya, ya atrás deja la elevada sierra,
y al mismo tiempo en ligereza iguala
el campeón de Zempoala,
y el divino Terán. Os hacen guerra,

á los dioses iguales,
con ellos, mil aztecas inmortales.

No hay, no, tornar los ojos pavoridos
á los yermos bajeles,
de la empresa ya tarde arrepentidos:
apuraréis las hieles
que imaginábais dar á los vencidos.
Aquesos fosos que zanjáis profundos
ya se llenan de cuerpos palpitantes,
que los nuestros, triunfantes,
con denuedo despeñan, moribundos,
de las altas trincheras,
para ser pasto de nocturnas fieras.

El suelo retemblando se estremece:
la muerte en mil figuras
lo tala todo. Envuelto desaparece
de humo en nubes impuras
el almo Sol, y la tiniebla crece:
de sangre humana cúbrese la tierra,
y el Pánuco enrojece. Fascinada
esa horda, con la espada
en la mano, su infamia y males cierra.
¡Ay del que imperio ensaya,
que aun insepulto quedará en la playa!

Nada resiste al ímpetu y bravura
de los claros campeones,
cuya paciencia el español apura.
De los hispanos leones
no hay ya temer la horrible dentadura,
ni que, de hoy más, atruenen con rugido
el quieto valle y monte silencioso:
su furor orgulloso
fué, para siempre, en Pánuco vencido,

y al mundo, con su muerte,
prueban que es invariable nuestra suerte.

Salud, hijos, salud, una campaña
purgó de hidras el suelo
escarmentando á la caduca España,
que, á costa de su duelo,
de su loca ambición se desengaña;
y en vez del nuevo imperio suspirado,
ve bajar sus legiones al abismo,
á impulso de heroísmo,
cual enorme peñasco desquiciado,
que, con sonido horrendo,
va por lóbregos senos descendiendo.

Y tú, progenie de los dioses cara,
claro Santa-Anna, vive,
sostén de un pueblo, que por prenda rara
del cielo te recibe,
y que, mal grado de la envidia avara
hará que triunfes de enemiga suerte;
vive: los grandes hechos que algún día
atónito aplaudía
el orbe, borrará tu brazo fuerte;
no tendrá igual tu gloria,
y no ajarán los siglos tu memoria.

Ni la tuya, Terán, hijo querido
de Minerva y de Marte,
probará nunca el polvo del olvido:
la patria ha de llamarte
de sus Lares el más esclarecido:
y cuando peinen la nevada cana
en plácida quietud nuestros ancianos,
y endurezca sus manos
en la labor, la juventud lozana,

dirán sus cantilenas
que tú los libertaste de cadenas.

No bien Hércules nace, y ya triunfante,
desde la misma cuna,
con las sierpes jugó, con que arrogante
la envidia lo importuna;
áselas de los cuellos el infante;
ellas se enroscan en su brazo fuerte,
por deslizarse luchan, y él, risueño,
ve el inútil empeño
con que pretenden evitar la muerte:
seguro las provoca,
y cansado del juego las sofoca.

A Júpiter así, tropa salvaje,
de raza gigantea,
negó el debido culto y homenaje:
provócalo á pelea,
y añade insultos al primer ultraje:
los elevados montes desquiciaron;
los ven los dioses, con pavor y asombro,
que, cual arista, al hombro
así los llevan: fieros hacinaron
uno sobre otro, y luego
van el cielo á talar á sangre y fuego.

Ya en el alcázar soberano suenan
las blasfemias atroces,
y las deidades de temor se llenan:
de huir tratan veloces;
con el miedo sus mentes se enajenan;
solo el potente Júpiter, sereno,
los ve subir en loco desatino,
arma el brazo divino,
y airado lanza el retumbante trueno.

¿Donde están? ¿que se hicieron?
Horrorosos abismos lo cubrieron.

Torna al momento la quietud pasada,
y con almos cantares
resuena toda la mansión sagrada,
en loores singulares
de la augusta deidad, nunca ultrajada
impunemente, que del alto cielo
gobierna, y la abundancia y luz envía,
y la pura alegría,
otra vez al cuitado mustio suelo.

Hé aquí, inmortal Santa-Anna
tu historia, y de la gente mexicana.

Cual si otra vez oyera el caos oscuro
la voz omnipotente,
así arde el Sol, en nuevo fulgor puro,
y así vegeta y siente
el sér, y en formas mil vaga seguro.
¿Qué es el horrendo crimen denegrado?
¿La envidia venenosa dó se oculta?
¿En qué pechos abulta
el ajeno levísimo descuido?
¿Soberbia dó descuella?
¿Cómo ya al infeliz audaz no huella?

¿Dó en traje envuelta, sucio y andrajoso
la sedienta avaricia,
con oído siempre abierto y cuidadoso,
se desvive y malicia
hasta del ruido que hace en el hojoso
árbol vecino, la aura leve y fría;
retiembla, se imagina ver saqueado
su tesoro adorado?
¿Dó el adulterio, y la traición impía

con doble cara? ¿dónde
la horda de vicios tímida se esconde?

A la par todos yacen aherrojados
como leones furiosos,
en los senos del Orco retirados,
donde en vano rabiosos
mordiendo están sus hierros redoblados.
Aura serena México respira.
No hay males ya, las cuitas terminaron.
En su hogar se sentaron
del Anáhuac los fuertes; ¡cuál admira
su paternal gobierno,
quién de la patria el bienestar eterno!

¡Oh triunfo! ¡oh de Septiembre onceno día!
No numen lisonjero
turba hoy la acalorada fantasía.
Al siglo venidero
de asombro llenarás, ¡oh patria mía!
de libertad asilo, de héroes cuna,
que así sobre naciones te sublimas,
y alejas de tus climas
la chusma de opresores importuna.
Serás, de hoy, respetada,
y tu amistad con ansia codiciada.